

Van 207 días de haber quedado sin casas donde vivir dignamente y el problema sigue. Nadie puede aguantar tanto, así de desguarnecidos y desamparados como están ellos. Ciertamente el gobierno nacional ha hecho algunas cosas puntuales tras el evento catastrófico; tratamientos paliativos, principalmente, que han producido satisfacción mínima y temporal, mientras que el retorno de la tranquilidad de antaño sufre aplazamientos desalentadores constantemente.

Ya la Tierra ha dado —otra vez— media vuelta al Sol y sigue girando sin parar y la gente ha vuelto a toparse con la temporada anual de huracanes y los fuertes aguaceros que traen consigo el cumplimiento de los ciclos naturales, los cuales suponen para los providencianos más desconsuelo y angustia por no contar siete meses después del desastre con los albergues apropiados o techos propios para resguardarse de estos embates de la naturaleza.

Como se puede deducir a partir esta situación, al gobierno colombiano le quedó grande el reto de reconstruir la pequeña isla de Providencia. Dos casas nuevas construidas en doscientos días habla muy mal de la capacidad de reacción del Estado colombiano para afrontar emergencias de esta índole. Un hecho que no dista mucho de los que le han antecedido, como el caso de Gramalote (Norte de Santander), por ejemplo.

El evidente fracaso en la atención de la crisis insular refleja un Estado desarticulado, menguado por obstáculos burocráticos y políticos, cuestiones contractuales diversas y un diálogo con la comunidad que no ha sido recíprocamente receptivo y, más bien, ha estado cerca de una relación dominante y jerárquica que se observa en su negativa a reconocer ante el mundo cuan inferior ha sido al desafío de recomponer la vida de los habitantes de una ínsula de apenas 18 km² y al de probar que puede ejercer soberanía más allá del plano militar.

Para colmo, las penurias que padecen hoy los providencianos no se reducen a la falta de techo. La propuesta de reconstrucción tuvo que replantearse casi totalmente debido a que no estaba contextualizada, ni inspirada en un buen conocimiento de la historia, las tradiciones y los problemas de la isla. Además, la pandemia y sus efectos adversos engrandecieron los problemas de tal modo que la parálisis del turismo, la pérdida de empleos, la corrupción estatal y privada han agravado el descontento de los isleños.

